



LA TRIBU

ANTONIO
GARCÍA BARBEITO

LOS CIVILES

La Guardia Civil ha avanzado más que la media de muchísimas cosas de España

NO tienen nada que ver con aquellas parejas que salían al campo del invierno con un tricorno, un mosquetón, un capote y la duda de no saber si su familia cenaría decentemente esa noche. No tienen nada que ver con algunos de aquellos que, al escribir las denuncias, ya cargaban la tinta con faltas de ortografía, hombres que habían salido de la guerra o del campo, o de la idea de servir a la patria con la incierta seguridad de medio bollo; hombres que se refugiaron en el uniforme para tener qué ponerse, sin que la ropa les cantara la escasez y la necesidad, que entonces se agrupaban en lo escaso guardias civiles y maestros de escuela. No tienen nada que ver con muchos de aquellos guardias que llevaban la denuncia de la culpa en la primera pregunta, aunque sí —que de todo había, conste— con muchos de los que se dejaron la vida por cualquier vecino que necesitara una ayuda en momento de vida o muerte. No se parece en nada aquel perfil benemérito al de hoy. Estos muchachos no tienen nada que ver con aquellos que miraban con ojos de atestado y ponían un temblor de vergajo en el miedo del interrogatorio en el cuartelillo, o sellaban la duda con bofetadas que rompían la dignidad y la cara.

Es cierto que tampoco esta España es aquella, pero la Guardia Civil ha avanzado más que la media de muchísimas cosas de España, y sigue ahí, mal pagada —porque no hay quien pague la entrega de estos hombres por tierra, mar y aire—, hecha una con el país, con la necesidad de servicio, sin mirar, sin distinguir, respetuosa, solícita, educada, culta, diligente, justa en el cumplimiento de las órdenes, y con esa forma de darse que parece la de un cuerpo de voluntarios sin fronteras. Siempre que puedo hecho un rato con los civiles, porque ya tengo muchos afectos entre ellos y porque el Cuerpo sigue siendo de lo poquito que funciona bien en España. Como otras veces estuve con ellos en el Vado por el Rocío, o en Montequinto por la patrona, ayer estuve con los guardias civiles de la tribu, quienes mostraban con alegría de niño premiado en el colegio la Medalla al Mérito que les concedió el Ayuntamiento. Qué menos. Lo merecen. La celebración, por más que fuera para que se sentaran vestidos de gala a la espera de que les sirvieran, fue de su natural diario: entregados. Remangados, los civiles —desde el sargento al guardia más joven— se entregaban atendiendo al pueblo que ya atienden. Qué ejemplo de servicio, de entrega. Eché de menos que no pasaran algunas chiquillas cantando aquella vieja coplilla de corro: «...vivan los guardias civiles, / que van por la carretera...»

gbarbeito@telefonica.net



VIDAS EJEMPLARES

LUIS
VENTOSO

¡VUELVE, JEFFERSON!

En Cataluña toda la prensa local piensa igual. ¿Por qué será?

THOMAS Jefferson, redactor de la Declaración de Independencia de Estados Unidos y su tercer presidente, gozaba de una mente portentosa. En enero de 1961, Kennedy invitó a cenar en la Casa Blanca a cincuenta ganadores del Nobel, un desparrame de neuronas. A modo de lisonja, les dijo que jamás se había congregado tanto talento en la residencia presidencial, «exceptuando cuando Jefferson comía aquí solo». JFK explicó así su chascarrillo: «Con solo 32 años, Jefferson era capaz de calcular un eclipse, medir un terreno, diseñar un edificio, conducir un juicio, domar un potro y bailar el minué».

Amén de tan variopintas habilidades, Jefferson (1743-1826) fue, por supuesto, un arquitecto clave de la ejemplar democracia americana. Y había algo que tenía claro: «Si tuviera que elegir entre tener un gobierno y no tener periódicos o tener periódicos y no tener gobierno, elegiría lo último». Pensamiento en el que abundaría: «Nuestra libertad depende de la libertad de prensa, que no puede limitarse sin perderse».

Todo ser humano es imperfecto. Andando los años, Jefferson echaría pestes de la prensa en una carta a un editor. También nos rechina que el glorioso padre de las libertades fuese un hacendado esclavista. Pero acertó de pleno: sin prensa libre no hay democracia.

Los ciudadanos de a pie no toman el café con Guin-

dos ni meriendan con Artur Mas. Su composición mental sobre cómo gobiernan unos y otros la conforman a partir de lo que les cuenta un intermediario: la prensa. Mediante la información, los ciudadanos conocen la realidad política y toman sus decisiones electorales.

En una democracia sana, la prensa es plural. Hay periódicos con un ideario definido, que tratan de contar la verdad, pero defendiendo sus principios. Hay medios que cabalgan sobre el ventajismo amarillista. Existen periódicos que manipulan sin pudor. Y hay diarios poco ideológicos y bastante transversales, que en España suelen ser los regionales. Gracias a ese abanico, el ciudadano va haciéndose su composición de lugar: lo que calla uno acaba contándolo otro, y viceversa. Las variopintas versiones te permiten madurar tu punto de vista personal, decidido desde tu libre albedrío e intelecto.

Pero ese juego oxigenante ha expirado en algunas autonomías, donde toda la prensa local piensa igual y, casualmente, del mismo modo que el poder autonómico. ¿La razón? La prensa está sufriendo una crisis de caballo, todavía no ha acertado a rentabilizar a gran escala la autocompetencia gratuita de internet, y las subvenciones de algunos gobiernos autonómicos son vitales para sobrevivir. O cobran y asienten; o tendrían que arrostrar el riesgo de quebrar.

El ejemplo más acabado de este modelo irrespirable es Cataluña, donde se da una delatora unanimidad ideológica con los aires que emanan del palacio de Sant Jaume, incluso ante una extravagante campaña independentista. Una sociedad sin prensa libre se enfrenta a una pesadilla *goebbelsiana*: el riesgo del lavado de cerebro masivo. Algo así explicaría episodios tan singulares como que entre los 90.000 espectadores del Nou Camp no existan al menos varios miles de espíritus libres que no levanten la cartulina que ordena alzar el poder nacionalista.

Un apunte final: ¿por qué no se cierra ninguna televisión autonómica? Fácil: ¿qué político renunciaría a un arma de autobombo de sus siglas pagada por los impuestos de todos?

¡Vuelve, Jefferson!



CLAVE DE LUNA

FERNANDO
SECOPARA NO PERDER EL
NORTE

PARA recuperar el norte de su vida, María de Villota, corredora de Fórmula 1 como su padre, ha tenido que sufrir un accidente gravísimo. Como consecuencia del mismo perdió su ojo derecho, además de padecer otras secuelas que han influido en su memoria o en cierta falta de movilidad facial. En una emotiva rueda de prensa celebrada el jueves, esta mujer nos ha enseñado muchas cosas y nos ha dado la mejor noticia de la semana. Les traigo a esta columna algunas frases que pronunció de distintos modos: «Ahora veo más que antes. Hasta ahora solo veía la Fórmula 1 y mis objetivos en este deporte. La pérdida del ojo me ha devuelto el norte; veo lo importante de la vida». Palabras conmovedoras dichas por una mujer muy ambiciosa en su profesión, al igual que lo pueda ser Fernando Alonso. Y expuestas con una serenidad y una felicidad que no pueden dejar indiferente.

Es paradójico que un desgraciado accidente le

pueda devolver el sentido de la vida a una persona que, aparentemente lo tenía todo y todo lo ambicionaba. Más aún. Cuando parece que ha perdido un ojo y con él la capacidad de poder volver a correr en Fórmula 1, resulta que ha ganado mucho más. Algo parecido se podría decir del diestro Juan José Padilla. Después de esa fatal cornada de hace casi un año en la que perdió igualmente un ojo, resulta que la vida le sonrío en el ruedo. Paradójico. Estas vidas suscriben y explican misteriosamente las palabras dichas siglos antes por San Juan de la Cruz: «pierde si quieres ganar; baja si quieres subir; sufre si quieres gozar; muere si quieres vivir». Este es el sentido de la humildad que permite ver más allá del pequeño mundo que en ocasiones nos creamos y que nos impide ver el valor de las cosas que realmente merecen la pena.

María de Villota nos ha ofrecido una lección magistral de humildad. Que no consiste solo en reconocer sus propias debilidades sino en aceptarlas sin resignación alguna. A partir de ahí se puede vivir mucho más intensa y felizmente. Y demuestra que la felicidad no está en poseer fama, dinero, salud o poder. Se parece más a un estar desprendido del propio egoísmo con el que se miran las cosas y en descubrir un algo divino en todo lo que nos acontece, que lleva a una persona a agradecer todas las cosas que recibe. No es lección fácil ni aseQUIBLE a todos. Solo a aquellas personas que, como Villota o Padilla, han sabido ser humildes. Y el premio de la humildad no es otro que ver lo que de verdad importa en esta vida. Lo cual no está nada mal.